



DEL CAMPO CONTRARIO

ANECDOTAS

De la vida mundana, escritas para las colegialas de la Paz, por Atenógenes Segale.

(CONTINUA.)

IX

La madre de Lina, ciega de egoismo, tocó todos los resortes para salir con su intento, mandóle pedir á Concha una tarjeta para el Juez de Distrito y se presentó acusando á las Recoletas de A... de retencion de una hija de familia.

A la noche siguiente fueron al pobre retiro de aquellas santas mujeres, el Juez, el conde de Banyuls y muchos policías con extraordinario lujo de fuerza. Casi rompieron la puerta y entraron preguntando por la joven, que ahí tenían sustraída, y mirando con ojos de energúmeno á las monjas trémulas de pavora, interrogándolas y amenazándolas sin un ardite de la consideracion que su sexo reclamaba. Si ahí se hubiese encontrado alguien que conociera á fondo á aquel Juez y á aquel granuja, hubiera podido gritarles: ¡Canalla! ¡A que no tratais así á las congregaciones de pupilas!

Mientras la horda liberalesca registraba las habitaciones bajas, Sor Angélica en el oratorio se echó llorando á los pies de la Superiora y delante de dos asombradas monjas la dijo: Madre mía, ántes de partir hago los votos en vuestras manos, no quiero salir siendo simple novicia; con toda la efusion de mi alma hago en vuestras manos los sagrados votos.

—No, espera, hija de mi alma—contestaba la abadesa.

—Me llevarán, pero ligada con votos—decía Angélica, y hubiera querido grabarse en el pecho con hierro candente el nombre de Jesus, como Santa Juana Francisca de Chantal, para mostrarle á todo el mundo quién era su amor. Pero el tiempo apremiaba, se oían las voces de los hombres en la escalera y la

novicia, no resuelta á dejarse coger como gacela en su manida, huyó de las habitaciones, subió á la zotea y ágil se descolgó al zaquizamí de la casa vecina.

Los liberales no dieron con su presa. Por lo cual creyéndose burlados, se resolvieron á llevarse presas á las demás religiosas, que al fin eran cinco é infringían por eso las *sacrosantas leyes* de la Reforma.

Pasó el escándalo. Lina permanecía oculta en la vecina casa, cuyo dueño, que era buen cristiano, la había recogido de su escondite y guardado en el seno de su familia. Las monjas, hartas vejadas, salieron libres por influjo de algunos magnates católicos, y se fueron reuniendo otra vez una por una y á escondidas en otra casa. Recogieron más tarde y dieron la profesion á su novicia, cuyo paradero ignoraba su egoista madre. Y no fué esta la única vez que las garras del buitre liberal quisieron aprender aquella paloma, que suspiraba por la libertad verdadera, por verse libre, enteramente libre de sus pasiones, aún de su amor propio, para ascender sin trabas al espacio donde el sol de la belleza, de la verdad y del bien eternos vibra sin nubes sus venturosos rayos. Ya se ve, yo no he conocido peores enemigos de la libertad que los liberales.

X

Aquí comienza la vida de oracion infusa de Sor Angélica. Quisiera referirla con la pluma de un Juan de la Cruz ó de un Alvarez de Paz y con toda la prolijidad que se merece: pero ni soy digno de eso ni la concision de este libro lo permite. Apunto sólo unos cuantos rasgos de ella.

Muchas veces tenía Angélica la oracion que llaman de quietud. Dios se presentaba en

el fondo de su alma, y ella le sentía manar en cristalinos raudales como un venerito que va llenando el álveo del lago, en cuyo asiento brota, tan suave y mansamente que arrastra las arenas sin enturbiarse. Calma deliciosa é incomparable fruicion penetraban su sér: envolvíase la voluntad en lazos de purísimo fuego amoroso sin arremetidas violentas, sin deseos desmandados, sosegada sin quemarse, verde y florida como la zarza de Horeb, en cuyo torno las llamas divinas culebreaban inocentes. El entendimiento irradiaba los reflejos de la soberana inteligencia, tan claros é intensos que ciegan como el sol los ojos que osan mirarlos. Y hasta la fantasía llegaban toques de iris, símbolos de esperanzas eternas; y parecíala tener engastado en su corazón el océano de la divina esencia, que marejaba con blandos oleajes. No era en su mano provocar aquel fenómeno de la vida mística, sólo pertenecía eso á la divina voluntad. Cuando iban días de no tener esa oracion, anhelaba por alcanzarla, soportaba nostalgias roedoras, y se quedaba mirando el puro espejo de la fuente, que en el jardincito había, cuando cerca lavaba, como diciéndola:

“¡Oh cristalina fuente,
“Si en esos tus semblantes plateados
“Formases de repente,
“Los ojos deseados

“Que tengo en mis entrañas dibujados!
y los reflejos del sol, que en el agua se miraba, parecían remedar tal vez, pero con suma bajeza, aquellos ojos intangibles, incorpóreos y relucientes de gracia y de inteligencia.

A veces perseveraba en aquella oracion aún en medio de las diarias tareas y ocupadas sus facultades en otras cosas, sintiendo aquella paz interna, como si orease su frente

aire de la almena, en el espiritual castillo de su amor, azotándola suavemente con los flexibles y olorosos cabellos de su Amado; ó como si viviese embebecida escuchando al ruiseñor de la selva, mensajero del cielo, que prolongaba los trinos de su arpada lengua.

Otras veces su oracion de quietud llegaba á convertirse en embriaguez espiritual. Introducida por *el Rey á la cueva de los vinos*, bebía de su mano el alma aquel néctar que chispea con centellas de amor, y, lo que á esto sigue, alumbrábase el entendimiento con el fuego del licor del espíritu, y alcanzaba á vislumbrar en bosquejo horizontes amplísimos de sabiduría, articulaba destrabadas frases intelectuales henchido de entusiasmo, modulaba con loca ternura su *verbo*, balbuciente, y eran como perlas y diamantes desengarzados de un collar celeste las parlerías de su frenesí. La caridad de Dios, ordenada hacia ella en aquella bodega suprasensible, se la venía al corazón como fálarica inflamada y la producía dulce fiebre que consume hasta las médulas de la vida terrenal. Sentía asfixiarse de ventura como si recibiese saumerios de un bracerillo oculto de fuego sagrado. Al fin de esa embriaguez tenía furor de padecer por el Amado, sufría aquellas ansias que á San Ignacio Antioqueno acosaron en la travesía de su ciudad á Italia, y que le dictaban estas expresiones: *Desco que me muelan los dientes de las fieras para ser harina de hostia que se ofrece á Dios.*

A la embriaguez seguía el sueño espiritual. Aletargábase el entendimiento al calor de aquel vino espiritual que por sí discurría, como se adormece el peregrino sintiendo cundir por sus miembros el calorillo del hogar hospitalario; mas no dejaba de conocer, sino que se adelgazaba hasta lo más sutil, hasta no darse cuenta de sí como á la imaginación le suele acontecer con las visiones de un ensueño. Dormía su alma, pero aprendiendo á amar, el corazón velaba á la puerta de la blanca tienda del éxtasis, teniendo lista sobre el muslo la espada de las ansias y deseos.

Dios, que con tocar las montañas las desmenuza y hace humear, y palpando la tiniebla la arrancó luz, y tentando la materia muerta en el principio la dejó vibrando como cítara inmensa con perennes armonías de vida, le daba toques en el alma á Sor Angélica y se hacía sentir y conocer de ella cual un ciego conoce al tacto las perfecciones de una cosa. Tocó una vez con su ala infinita en el abismo de su alma y ella experimentó la virtud del Increado y vióle como rueda alada con llamas, con aspecto de ascuas y circundado por nimbos de lámparas, mirando girar rapidísima la rueda de la sabiduría divina, con igualdad sublime, llena de ojos por la haz y la contrahaz, ojos que son infinitos conocimientos, oyendo estrépito como de multitud de ejércitos, gustando el sonido del batir de sus alas como sonido de ríos despeñados y sintiendo en fin á Dios altísimo, que, al caer del espíritu santo, embiste al alma con llama de amor. Y de la misma suerte que al golpe de Sansón brotó la fuente de . . . , al toque de centella de Dios rompía en el alma de aquella mujer un manantial de abnegación que la hacía desear (morir de mil muertes fuera poco) disolverse, aniquilarse para amar de veras á aquel Sér que la tocaba.

XI

El día de Pascua de Resurrección, en el año cuarto de haber profesado, Sor Angélica de la Visitación estaba orando junto á un fanel que guardaba un precioso cuadro escultórico en cera, *la muerte de San José*. El casto Patriarca aparecía en su camita de palo, tales y como hoy las usan los pobres en México, cobijado con la colcha verde marcada con una J., teniendo cerca la mesita de noche con redomas de friegas, cucharadas y pozuelos. La Virgen lloraba á los pies del lecho, con delantal y todo y Jesús joven sostenía en sus brazos al moribundo. El grupo escultórico abundaba en impropiedad cariñosa y familiar,

y el rostro del agonizante en terrible verdad. De pronto Sor Angélica cesó de ver el cuadro y fijó sus ojos en un costado del altar, allí sus ojos veían una figura que se iba condensando, no era ilusión, era una nube undosa como bordada por luz de luna y en sus argenteos repliegues se fué formando una mano de hombre, blanca y fina como de rey, trasparente su epidermis y sureada de azules venas, airosa y elegantísima; una cicatriz rosada y fresca adornaba su dorso y lucía, como engaste de rubíes, con una pasta de sangre y luz. Aquella mano tenía para Lina un atractivo irresistible, la encendía en amor, pero en un amor al cual nada le quedaba de sus sentimientos antiguos de mujer, amor de un espíritu sin sexo y sin sentidos, amor que ahonda en la forma y la materia hasta dar con la belleza ideal. A la visión de aquella mano siguió la de un brazo lindo y fuerte, y la del cuerpo todo del Señor medio envuelto en cendales de carmin y nieve, que le ofrecían las nubes. ¡Qué Fidias, ni qué Praxiteles, qué Apolo de Belvedere ni que Júpiter Olímpico, ni qué hechura alguna de las que legaron al asombrado mundo aquellos divinos estatuarios de la Grecia! ¡Qué miembros tan bien modelados, niveos, immaculados, castísimos, revelando en su suave flexibilidad y color florido el curso interno de la vida inmortal, como un bosque virginal de América, entrelazado sobre oculto río, indica con las flores, blandura y humedad de sus ramas y orquídeas que debajo pasan las aguas! ¡Qué curvas tan suaves y peregrinas las de sus contornos luminosos! Y ¡la apostura de su barba y su cabello? y ¡su boca como cacho de granada untado de luz? y ¡sus mejillas sonrosadas con reflejos del incendio de amor? Y ¡el mar de sus ojos? Oh, las clásicas imágenes de Adónis eran á par de la suya, como figuras de fangoso cerdo, y retratos de estúpido las cabezas de los Apolos y los Joves.

Y Sor Angélica oía voces aéreas que la traían noticias de otras esferas más altas, como si escuchase las melodías de la voz de Cristo, que, sonando entre la sinfonía de los vientos y las olas, amansaba las tormentas, que hacía venir la salud á los cuerpos enfermos, que volvía sociales á los endemoniados huranños y que escuchaban en sus sarcófagos los mismos muertos.

Vece hubo que su espíritu estuviese descargado como en una noche serena, en que el callar de los bullicios del día, la pausa de los trabajos y el sosiego mismo de la luz de estrellas permiten al hombre oír con el alma la silenciosa armonía de los cielos. Entonces se remontaba su entendimiento en *vision caliginosa*. Dios se le manifestaba como habitando en la niebla, teniendo tinieblas por escondite y oscuridad por peana y escabel de sus plantas; es decir, que conocía á Dios por medio de una escala de negaciones; tomaba ideas de sabiduría, de bondad, de hermosura, de justicia y de otras perfecciones, tales y como se dan en las criaturas, y comprendía que esas perfecciones se predicaban de Dios de otro modo muy distinto, que Dios no sólo era justo, hermoso, sabio, substancia, sér, sino que estaba más allá de la más alta cumbre de la justicia, hermosura, sabiduría, substancia y sér, y eso, que estaba sobre todo, permanecía oscuro, era el Incógnito al cual se adhería su voluntad.

Cuando, con tanto andar volando por las órbitas de oro de la contemplación, estuvo ya su entendimiento bastante claro, la divina Majestad fué servida otorgarle la vista más alta de su esencia, que en esta tierra puede alcanzarse. No la vió intuitivamente, porque eso no es dado hasta que el alma pase los fuertes y fronteras de la eternidad; sino que Dios se miró y reflejó en su limpia inteligencia, rayándola y encendiéndola con plenitud de luz, como se ve el sol desde el zenit en un cristal bien azogado y puro. Vió en admirable panorama intelectual la Trinidad inescrutable. El Padre, el *Cogitante* eterno, pensaba su pro-

pio sér, se conocía con adecuación infinita, y en el abismo de aquella idea surgía otro Yo, la segunda hipóstasis, el Verbo, el Hijo. Y el Padre veía á su Hijo y le amaba con voluntad inmensa, y refluía del Hijo al Padre la corriente del amor, y se unían ámbos con lazada que sólo ellos sabían anudar, lazada que entre ellos flotaba como espíritu de vida y aliento de amorosas ansias, tercer Yo que completaba el Sér absoluto y perfectísimo. Y aquellos tres Yo regían concordés la esfera única de un entendimiento y una voluntad sin límites en los perpetuos giros de la vida. ¡Oh Trinidad, oh secreto de la vida de Dios, oh Amor!

(Continuará.)

ESTHER.

Tragedia bíblica en tres actos, escrita en verso francés por J. Racine. Traducida al castellano, por "Fidelior," para EL TIEMPO.

(CONTINUA.)

HYDASPO.

¡Oh! ¿quién del cielo más miradas pías
Tuvo cual vos? teniendo el Universo
A vuestras plantas puesto de rodillas?

AMAN.

¡El Universo! Un hombre . . . un vil esclavo
Sin cesar me desdeña día por día,
Cual si todas mis iras desafiara
Nunca inclinando á mí su frente altiva.

HYDASPO.

Sabe, señor, quién es ese enemigo
Del Estado y del Rey.

AMAN.

Bien conocida
Será por tí de Mardoqueo la historia.

HYDASPO.

¿De quién? ¿Del Jefe de una raza impía?

AMAN.

Sí, del mismo.

HYDASPO.

¡Ah señor, ¿y tan débil enemigo
Puede turbar la paz de vuestra vida?

AMAN.

¡Y cómo no! si con audaz soberbia
Ante mí el insolente no se humilla
Jamás. En vano del favor insigne
Del más grande rey que el orbe admira
Todo postrado humilde, reverente,
Sus gloriosas bondades magnífica,
Cuando los persas todos, penetrados
De sagrado respeto, á tierra inclinan
Las frentes, él se sienta con audacia
Sin levantar esa cabeza altiva;
Tratando estos honores de serviles
Sello falaz de esclavitud impía;
¡Aun de bajar los ojos se desdeña
Con frente sediciosa ante mi vista!
Y no obstante, sentado está á la puerta
Del real palacio y su presencia implica
Para mí, siempre que entro ó cuando salgo
Eterna injuria que mi honor lastima.
Por lo que, al orgulloso, conturbado
Mi sér, aun en la noche lo imagina,
Esta mañana me avancé á la aurora
Y lo encontré con su soberbia misma,
Cubierto con el polvo repugnante
Pálido, con andrajos y ceniza,
Pero aún bajo estos despreciables velos
Con gran desprecio sin cesar me vía.
¿De dónde, caro amigo, tanta audacia
Imprudente, alimenta que me abisma
En conjeturas mil? Mas tú que sabes
Todo lo que en palacio pasa y miras
Lo que hay en él; ¿podrás decirme ahora
Si crees que algun apoyo, por mi ruina
Sostenga al vil judío, siendo su amparo
Frágil rosal de ramas extendidas?

HYDASPO.

Ya lo sabeis, señor, su pronto aviso
De Tares el complot sangriento evita;
Entonces el rey el premio le promete
Y el rey, de entonces, su promesa olvida.

AMAN.

No, es preciso á tus ojos descubrirles
El artificio de mi oculto intento;
La injusticia fatal de mi destino
Sé corregir con mi sagaz ingenio;
Jóven aún, al seno de los persas
Traído fui por ajustado precio,

Mas supe aprovecharme de mi compra
Y yo gobierno el poderoso imperio;
Mis riquezas igualan la opulencia
De los reyes. Tranquilo me sostengo
Rodeado de mis hijos, sólo falla
La real corona á mi poder inmenso.
Mas—¡fatal ceguedad de los mortales!—
De honores tantos goce pasajero
Apénas me impresiona, pues sentado
Está á las puertas reales Mardoqueo,
De odio vil, de ponzoñosos dardos
Llena su corazon de astucia lleno,
Y toda mi grandeza es muy amarga
Mientras el sol alumbrá á tan vil perfido

HYDASPO.

Mas en diez días, de su fatal presencia
Sereis libre, señor, porque muy presto
Su nacion serán presa de los buitres
Y como él, destruida por completo.

AMAN.

Ah! cuánto se prolonga en mi impaciente
Voluntad, ese plazo de mi anhelo!
Sólo por él, pues mi venganza digna
Te he de confiar; es él quien altanero
Rehusándose adorarme, de su raza
Originara el merecido término:
Que es poco para mí víctima sola
Como ésta, y la venganza en sus derechos
Herida aún, de Aman el ofendido,
En su justo furor no tiene freno.
Se necesitan, pues, tales castigos
Que estremezcan de horror al Universo
Al comparar la ofensa y la venganza;
Todos en sangre se ahoguen estos pueblos,
Y que á los siglos espantados llegue
Un día el castigo en mis afanes quiero.
“Fué—se diga—la raza de judíos
Que insolentes doquiera se esparcieron
Y el mundo llenan, mas de Aman alguno
Osó atraer su indignacion soberbio,
Y al instante vengándose de él solo
Morir se ven sus nacionales luego.”

HYDASPO.

¿No es, pues, señor, la sangre amelecida
De la muerte de todos el secreto?

(Continuará.)

LEYENDAS

Y

Tradiciones queretanas

POR ALTER.

LXII

LA PRIMERA EXPOSICION INDUSTRIAL

ERASE el año de 1878 cuando en una de las asambleas del Ayuntamiento el regidor Fernando Porto inició la idea, mas por entónces no tubo eco; pero el Sr. D. José M. Rivera, quien acogió particularmente aquella iniciativa, la guardó para mejor oportunidad, como lo verificó en 1880 siendo miembro del Congreso.

En esta época propagó la idea y agitó las cosas de tal manera que unido al Sr. Alfonso Brito logró que despues de redactada por él mismo la iniciativa se publicase el 18 de Diciembre.

El 24 de Enero de 1881 se publicó el reglamento que debía observarse para llevar á cabo tamaña empresa, y acto continuo el 27 en la tarde fué la primer junta presidida por el gobernador D. Francisco González de Cosío.

El 31 del mismo mes y año se verificó la segunda junta y en ella se nombraron algunas comisiones.

La estudiantina, formada de jóvenes entusiastas que vestidos con el traje que usaban en esa época los estudiantes de Salamanca, (España,) y con sus bandurrias y panderetas, fueron los primeros creadores de fondos.

El Sr. Brito fué el iniciador y organizador de la estudiantina alentada constantemente por D. Angel de la Peña.

El 20 de Mayo se publicó la convocatoria con un entusiasmo inusitado. A las cuatro de la tarde salió la comitiva compuesta de los gremios, escuelas, sociedades, etc., rompiendo la marcha un elegante carro alegórico. El repique general anunció la salida y las músicas y cohetes hacían aumentar el entusiasmo.

El Sr. D. Encarnacion Payen con su música del 8º regimiento amenizó esta fiesta.

La comitiva recorrió las principales calles repartiéndolo y fijando en los parajes públicos la convocatoria.

Se nombró una junta auxiliar en México compuesta de los Sres. Vicente Riva Palacio, Eulogio Gillow [hoy Arzobispo de Antequera] Antonio Gayon, José Linares, etc., etc., los cuales cooperaron de la manera más eficaz á la realizacion de la empresa.

Se organizaron toda clase de fiestas para crear fondos. Los empleados cedieron un día de sueldo cada bimestre y el gobernador y diputados un mes íntegro, lo mismo que los Sres. Molina y Linares de México y el Gral. Gayon \$25 00 mensuales hasta la clausura de la exposicion.

El 25 de Febrero de 1882 se publicó el decreto para la apertura el 30 de Abril.

En efecto, amaneció el citado día y el repique general, salvas de artillería, cohetes, músicas y clarines recorriendo las calles tocando alegres dianas, anunciaban la fiesta.

Toda la ciudad se engalanó, y á la una y media estaba la estacion provisional henchida de gente, esperando el primer tren que debía unir á la metrópoli con esta ciudad y el cual trajo al Sr. Ministro de Fomento D. Carlos Pacheco, representante del Sr. Presidente, así como la comitiva invitada por la comision de esta ciudad.

Los batallones 33 y 11 de línea formaron valla desde la estacion hasta el jardín. Multitud de coches y carretelas acompañaron la comitiva llegada de México.

Los invitados enmedio de una ovacion continua y seguidos de la banda del 8º fueron llevados á sus alojamientos. El Lic. D. Celestino Díaz en su “Memoria de la primera exposicion industrial,” olvidó mencionar los arcos triunfales colocados de la estacion al jardín, de los que se llevó la victoria el colocado por la “Sociedad Esperanza” en la bocanilla de “Cinco Señores” por su orden y elegancia.

A las tres llegó otro tren y á la media hora otro; todos henchidos de gente, los que fueron recibidos con igual entusiasmo.

A las cinco de la tarde salió la gran comitiva enmedio del regocijo más entusiasta, dirigiéndose del palacio municipal al palacio de gobierno. El repique general, las salvas de artillería y cohetes; los gritos entusiastas de los obreros y el eco producido por diez y seis músicas de viento que ocurrieron de todo el Estado á esta fiesta, producían vértigos. Aquello era indescriptible. Toda la estacion era un mar de gente, y gente embriagada de gozo. Lástima que al llegar al palacio de gobierno, convertido en palacio de la exposicion, un aguacero haya venido á interrumpir aquella fiesta, quedando con esto todo el adorno general destruido así como el sinnúmero de faroles preparados en el jardín para la iluminacion de la serenata.

Instalados convenientemente en el patio principal convertido en elegante salon, ocupó la tribuna el prefecto D. Timoteo Fernández y pronunció un discurso entregando las llaves del palacio al representante del Sr. Presidente. El Sr. Gobernador pronunció otro, terminado el cual se disolvió la reunion por la continuacion de la lluvia, interrumpiéndose el programa.

Volviéronse á reunir poco despues y tomando la palabra el Ministro declaró solemnemente á nombre del Sr. Presidente quedaba abierta la exposicion, cuyas palabras fueron contestadas por un repique general, salvas y aplausos generales. De allí pasó la comitiva á recorrer los salones.

El 14 de Mayo comenzó una serie de conciertos á cual mas concurrido de todos y distribuidos en el lapso de cuatro meses que duró la exposicion y los cuales ascendieron á veinte.

El palacio estaba comunicado con el de México por teléfono desde la apertura de la exposicion.

Hubo diez y siete viajes de recreo en los

trenes procedentes de la capital, viniendo los coches llenos de visitantes.

Nuestra exposicion tuvo 1,400 expositores y 5,000 objetos, número mayor que el de las primeras exposiciones de Paris y de otras verificadas en el país.

Su gasto total ascendió á \$27,966 23, de los que dió el Gobierno Federal \$2,000 00; la Tesorería de la exposicion, \$3,590 50; Productos de entrada: \$3,058 21; la administracion de rentas; \$19,317 52.

El número de concurrentes se estima segun registros llevados al objeto en 40,000.

El domingo 20 de Agosto á las cinco de la tarde volvió á organizarse la comitiva, saliendo del palacio municipal con la misma solemnidad y se dirigió al palacio de la exposicion, en donde el Sr. Gobernador ocupó la tribuna y declaró á nombre del Estado la clausura de la exposicion.

En todo el tiempo del certámen estuvo alumbrado profusamente el palacio por luz eléctrica y elegantemente adornado, presentando distintas perspectivas.

No olvidaremos un grato recuerdo para el Sr. Secretario D. José M. Esquivel, llamado y con razon, “El alma de la exposicion;” pues á él se debe lo más del triunfo, por su constancia, laboriosidad, ingenio y desprendimiento.

Querétaro, no obstante su miseria y decaimiento, hemos visto que ha sido y es muy capaz de llegar á la altura de cualquier otro Estado. El fasto de mi relato lo corrobora.

VIOLETAS.

VERSOS POR EL DR. JOSÉ MARÍA CASILLAS.

[CONTINUA.]

XLVII

5 DE MAYO DE 1862.

Sacro númen, tu aliento soberano
Descienda hasta mi pecho en este día,
Mueva mi tosca mano
Para arrancar las ondas de armonia
A mi lira insonora.
Hoy elevo ferviente mis cantares,
No á la sonriente aurora
Ni á el ave canora;
No á los bosques de pinos seculares
Ni al tronador torrente,
Que despeña sus aguas cristalinas
Formando las cascadas estruendosas;
Tampoco de los mares al potente
Y horrisono bramar,
Cuando agita sus aguas espumosas
El béreas espantoso.
Hoy las cuerdas polvosas de mi arpa
Vibran estremecidas por el fuego
Del amor más grandioso:
Hoy canto, mexicanos,
Para eterno baldon de los tiranos,
La inmortal epopeya del Anáhuac.

Hubo un tiempo infeliz en que este suelo
Vió regadas con sangre sus praderas,
El humo del cañon nubló su cielo,
Y en el combate rudo
Se mezclaron sus auras lisonjeras
Con los ayes dolientes del soldado.
Inconcebible y destructora saña
Alimentaba tan tremenda lucha;
De indulgencia la voz nunca se escucha,
Y la muerte fatídica,
Insaciable, terrible y rencorosa,
Ostentaba triunfante su guadaña
Desde el palacio hasta la humilde choza.
Y no bastaba á tu martirio inmenso,
Querida Patria mía,
Ver tus hijos matarse en lucha impía,
Te faltaba apurar los sinsabores
De ver cortar tus perfumadas flores,
Tus flores de simbólica fragancia,
¡Para alfombrar el trono de la Francia!

Mas no será, los necios invasores
Jamás podrán llevar hasta tu frente
De su ambicion el execrable sello;
Antes que perpetrar tan negro crimen,
Ante el empuje de tus nobles hijos
Inclinarán el arrogante cuello.

Escuchad, el ambiente silencioso
Del fértil valle do se yergue Puebla,
Se estremece al rugido majestuoso
Del sonoro cañon. Como la niebla

Cubre el humo la frente
Del fuerte levantado en Guadalupe,
Donde se ve al heroico Zaragoza,
Que dirige con brío la pelea,
Cruzar su espada con la invicta espada
Del vencedor de Italia y de Crimea.

Veloz sube el intrépido enemigo,
Reflejando en sus limpias bayonetas
Del sol las hebras de oro fulgurantes.
Inpértérritos marchan los infantes,
Y provistos de escalas y piquetas.

En medio del rumor de la batalla
Se escuchan los clarines estridentes
Que mandan el asalto.

Se arrojan los temibles batallones
Con bizarría y denuedo temerario,
Pero al golpe mortal de la metralla
Se vuelven convertidos en girones.

Mas como su valor es legendario
Y el miedo nunca dominó en su pecho,
Con implacable encono
Se rehacen y vuelven al ataque;
Y otra vez el ejército es deshecho,
Imposible parece que su planta,
Que hollara victoriosa
Los campos de Magenta y Solferino,
Hallara en su camino
Un dique insuperable.
Carga la vez tercera con más brío,
Sediento de venganza,
Y al reducto se lanza
Con el fragor del huracan bravío,
Se revuelven las huestes mexicanas
Al poderoso choque;
Su corazon enardecido late.
Se baten con bravura;
Y al disiparse el humo del combate,
Miran retroceder á la llanura
Los vencidos franceses.

Levanta ¡oh! Patria, tu serena frente,
Ceñida con el lauro de la gloria;
Hoy tus hijos grabaron en la Historia
Tu venerado nombre en letras de oro;

Basta de triste lloro,
No bebas, no, la acibarada copa,
¿No ves cómo admiradas te contemplan
Las naciones más grandes de la Europa?
Atrás el invasor que hace alarde
De mancillar tu nombre;
Atrás, porque en tus aras siempre arde
El sacrosanto fuego del civismo.

El poder extranjero no te asombre,
Aunque tu suelo pise con cinismo,
Que en el combate fiero
Verás trocarse en héroe cada hombre.

Brille más pura la nevada cumbre
De tus volcanes bellos,
Y se bañen tus prados en la lumbre
Y los limpios destellos
Que manda el sol de Mayo.
Que se esculpa esta fecha en el granito
De tus ígneas montañas;
Escríbese con áureos caracteres
En todos los palacios y cabañas;
Y de tus fieles hijos y mujeres,
Escuche el orbe este inefable grito:
Hoy se venció á la Francia en osadía,
¡Llor eterno á mi Patria én este día!

▲ LA SRITA. REFUGIO GUARDIOLA.

TESTIMONIO DE RESPETUOSA ESTIMACION.

Cuando natura quiso dar al cielo,
Al lirio y á la tímida violeta
Su esplendente zafiro,

No encontró en la paleta
Con que teñir tan puro y rico velo.
Esto juzgo; y creo que en tus ojos
Mojaría sus mágicos pinceles,
Así como en tus frescos labios rojos
Tomó el carmin del alba y los claveles.
Mas no pudo una cosa transmitirles:
La luz de tu mirada soñadora,
Y por esto aventajan tus pupilas
Al cielo y á la vicia, y á los lirios;
Y tu boca se iguala
Al ropaje de gala
Del gallardo clavel y de la aurora.

(Continuará.)

SANTA ANA DE MURILLO.

¶ El actual progreso, ni quizás el del porvenir podrán disponer á ciertos corazones corrompidos y egoistas á elevarse sobre el nivel de la materialidad de la existencia, inclinándonos ante la grandeza y la veneracion que el arte impone. En la antigüedad y en la edad media la barbarie de los pueblos arrancaba á la posteridad y al saber preciosas reliquias del arte con que los inmortales maestros querían transmitirnos la magnitud de su genio; hoy día el interés, la vil avaricia del mismo modo le profanan y privan á las generaciones del futuro el alimentarse de aquellos manantiales de sublime inspiracion, que al través de los siglos ha venido creando el talento.

Cada pérdida en las obras maestras de Murillo, Velázquez, Ticiano, Rafael, Paulo Veronese, de Vinci, ó Van Dyck es irreparable: la actualidad no produce semejantes genios; y el arte pierde sus más profundos modelos, probablemente para no recuperarlos jamás.

El robo reciente de un cuadro de Murillo en el Museo de Madrid, es para la pintura tan irreparable, como para la escultura la destruccion de una obra de Fidio, ó para la literatura el incendio de las bibliotecas de Alejandría y Granada: estas pérdidas son como la muerte—no hay resurreccion para ellas.

El caso ocurrió, según lo anunciamos oportunamente, el primer domingo de Abril, día en que la entrada al Museo era libre para el público. Una mano criminal, aprovechándose de la enorme afluencia de visitantes, hurtó el cuadro que figuraba en el catálogo con el número 873. Ese cuadro, el boceto de Murillo *Santa Ana dando una leccion á la Virgen*, se hallaba colgado cerca del original hecho según este boceto y registrado con el número 872. No será extraño que el robo se haya efectuado á los ojos del público, en vista del reducido tamaño del cuadro que medía 0.47 por 0.52.

Para dar una idea de la tela perdida, vamos á reproducir la minuciosa descripcion que de ella ha hecho el Sr. Pedro Medrazo:

«La madre de María está sentaba

sobre un taburete cubierto con un cojin rojo bordado de seda.

«Sostiene en la mano derecha un libro y con la izquierda hace ademán de explicar lo que la niña lee, siguiendo los caracteres con su dedo pequeño.

«La criatura está de pie, á la izquierda de su madre y escucha con atencion lo que ésta le dice. Su rubia cabellera le cae suelta sobre las espaldas. A la izquierda lleva un gracioso moño de seda, al estilo andaluz. Su túnica es larga y rosada. Lleva echado sobre el brazo, un manto de color azul marino no muy vivo.

«Santa Ana lleva en la cabeza un velo de tela fina, que cubre tambien la espalda y el pecho; su túnica es de un color neutro, forrada de verde, y su manto amarillo está recogido sobre las espaldas y las rodillas.

«El fondo representa un átrio majestuoso, con pedestales, con balaustradas de mármol. En el suelo, en el primer plano, hay una canasta de labor. Y se ven descender del cielo dos ángeles con figura de niños que sostienen sobre la cabeza de la niña inmaculada una corona de flores.»

Las estaciones de ferro-carriles de España están avisadas al robo y además, la prensa europea recuerda á los coleccionistas la obligacion de conciencia en que se hallan de abstenerse de esta fraudulenta adquisicion. A pesar de todo, hasta ahora el ladron permanece oculto.

¡Pobre Murillo! Fecundo era su pincel; mas tambien la campaña emprendida contra sus obras, por los malhechores y especuladores, cuenta con un sinnúmero de atentados y con el celo criminal que no se desalienta.

Casi todas las iglesias y conventos de su ciudad natal—Sevilla: el convento de San Francisco, la Catedral, la iglesia del Señor del Perdon, conservan un número crecido de sus cuadros; las iglesias de Cádiz y de Madrid tenían 45; fuera de los museos del Louvre, de Munich en Baviera, de Londres y de Viena que se vanaglorían de poseer varios lienzos del inmortal maestro. Su gloria debe ser más cara aún para la España, si se piensa que el genio y el talento de Murillo pertenecen exclusivamente á su patria. Sin estudiar en Italia ni en Holanda, llegó por sí mismo á ser gran maestro é inmortalizar su nombre en todo el universo, pues no conoció en su vida tierras en que no flameara el pabellon de Castilla.

Murillo nació en Sevilla en 1617, y allí tambien fué donde, con el pincel en la mano, la muerte lo sorprendió en 1682, á consecuencia de una caída de los andamios.

Sus primeros estudios de pintura los emprendió bajo la direccion de Juan de Castillo. Luego se trasladó á Madrid donde durante tres años, ba-

jo la dirección de Velázquez, estudió en el Escorial y en el Palacio Real de Madrid, las obras maestras de Ticiano, Velázquez, Van-Dyck, Pedro Veronese y Rubens; este último era su maestro predilecto.

En las primeras pinturas de Murillo se nota la influencia de aquellos grandes maestros, de los que supo aprovechar sus más resaltantes cualidades; pero á su vuelta á Sevilla, Murillo llegó á ser por sí mismo un maestro y entónces su génio tomó impulso propio y le convirtió en creador de una nueva escuela.

La mayor parte de sus cuadros eran consagrados á la religion, pero pintaba tambien escenas de la vida real como el «Piojoso» del Museo del Louvre y «Los muchachos» de la Pinacoteca de Munich. Así como sus telas sobre la vida real distingúense por la perfecta naturalidad y por la completa ausencia de ficción, tan general en la pintura de su época; sus cuadros religiosos, sobre todo las múltiples «Concepciones», de las cuales la más célebre se encuentra en el museo del Louvre, se distinguen por su expresión verdaderamente divina y por su brillante colorido.

Y no es extraño que los cuadros religiosos de los maestros contemporáneos jamás hayan podido elevarse á la altura de los de Murillo ó Rafael: los de hoy chocan por su realidad, su plástica y su expresión terrestre y humana: los de Rafael y Murillo inducen al recogimiento y á la admiración por su fé y divinidad.

Los pintores modernos para representar los motivos religiosos se inspiran en modelos á veces muy profanos y que no corresponden á este fin; los maestros del renacimiento, los genios como Murillo, para pintar semejantes cuadros, buscaban sus modelos en las revelaciones de su fé ardiente. Cuando un día Murillo pintando un cuadro que representaba al Cristo, fué preguntado por qué no lo terminaba, contestó con sencillez: «espero que venga á hablarme.»

Esto explica la dificultad invencible contra que se estrellan las aspiraciones de los maestros que procuran en nuestros tiempos imitar á Murillo, y cuya causa se encierra en la falta de Fé.

J. DE B.

Ante unas ruinas.

A MI QUERIDO TIO
EL SR. PBRO. D. CASIMIRO PALACIOS.

El tiempo es grave y justo:
Con diestra poderosa
Destruye la india choza
Y los torreones del monarca adusto.

El puso aquí su mano
Como la mano del dolor ¡terrible!
Y el alcázar, un tiempo soberano,
Trás combatir en vano,

Ya fué escombros risible...
Risible para el vulgo impertinente,
Triste, conmovedor para el que siente.

Sí, triste monumento en que me abismo;
Luchaste hasta el morir como quien eres,
Hoy duermes bajo el peso de tí mismo
Con el noble egoísmo
Del que cumplió sus máximos deberes.

Palpitan en tu seno las historias,
Las épicas memorias
Que el pensamiento del viajero encienden,
Los gérmenes de vida que en él creas
Y los que de tu seno se desprenden,
Brillan, chocan... y estallan las ideas.

¡Oh ruina imponente!
¡Por qué inclinar la frente
Que el tiempo aún con rigidez abate?
Levanta y que renazca tu memoria.
Quien muere en el combate
Es hijo predilecto de la gloria.

La Historia es la Vestal. De tus escombros
Surja, surja la luz de otra existencia,
Que el trabajo en sus hombros
Transportará tus restos
Hasta el altar del templo de la ciencia.

Allí, purificada de la escoria,
El sacerdote augusto de Minerva
Te unguirá con el óleo de la gloria;
Y el alto pedestal que te reserva,
Por cuanto allí tú vales,
Te alzaré entre los séres inmortales.

Si eres la fiel imagen
De la esperanza ó la ilusión perdida,
No temas que los necios hoy te ultrajen,
¡Ni el dolor es constante en esta vida!
A una alma sumergida
En el caos de negro desaliento,
Alumbra de improviso á ciertas horas
Una explosión de auroras
En un diáfano y claro firmamento.

Si el hombre no perece ante la muerte
Y va á través del tiempo su memoria,
Si con él compartiste ignota suerte,
Es justo participes de su gloria.
El tiempo es grave y fuerte
Y más grave es aún la dura muerte;
Mas para el soplo intelectual divino
¡No hay barrera capaz en su camino!

La palabra es la vida
Que las sombras anima del osario:
Es la luz que convida
A dirigirse á incógnito santuario.
Ella, pues, que verdad y gloria busca,
Y ahuyenta los fantasmas y vestiglos,
Te levante, ilumine y te conduzca
Hasta el límite obscuro de los siglos.

Achiutla, 1891.

JESUS PALACIOS.

EL BARCO DE MARIA.

HARA unos cuarenta años, había entre los muchos barcos de vela anclados en el hermoso puerto de Liorna, en Italia, tres más pequeños, dispuestos para hacerse á la mar de un momento á otro. Cargados de mercancías debían atravesar el Mediterráneo, para descargarlas en Ambéres.

En uno de estos tres barcos, de muy poco calado, como los otros dos, se veía tres hombres; el capitán, holandés de origen, el piloto y un jóven alemán, de más que regular estatura

y de noble presencia. Este miraba y remiraba con desacostumbrada curiosidad, una enorme caja de madera, sujeta con fuertes ganchos en el centro del barco, imitando, al parecer, el puente.

A una pregunta que sin duda alguna debió ser en alemán, contestó el capitán bruscamente:—¡Cuánto le gusta á Vd. preguntar, caballero! ¿No ve Vd. que está bien sujeta con los ganchos su caja? ¡No tenga Vd. cuidado por ella, que nadie piensa en comerla ni en tocarla!... ¡Si no habré llevado en mi vida bastantes cajas por el mar...!

—Dispense Vd.—dijo cortesmente el jóven que había preguntado.—¡Si supiera Vd., capitán, el grandísimo interés que tengo por esta caja que le he confiado!...

Pues ¿qué es?—preguntó con curiosidad el marinero.—Yo no llevo en el registro de embarque sino una «caja con un bloque de mármol.» Es, por ventura, otra cosa?

Miróle entónces el jóven con alguna confianza, y lleno de contento exclamó:—Es un trabajo en el cual he estado ocupado un año largo, y la mejor obra que ha salido de mis manos. Es una *Pietà* ó Dolores, y deseo regalarla á la Catedral de Munster, mi ciudad natal.

El capitán, que no tenía nada de católico, dijo enfurecido:—¿Qué *Pietà* es esa?—Es, por ventura, alguna imagen de María?

—María simplemente, no—contestó el humilde artista;—es la Madre de Dios con el cuerpo muerto de su Hijo, Jesucristo, sobre su regazo.

—¡Voto á...—repuso aún más furioso el marinero.—¿Habrás visto impiedad semejante?... ¿Qué tenga yo que llevar en mi barco un objeto de tal idolatría!... ¿Me tenéis acaso por loco?

Quedóse sin palabras y horrorizado el jóven alemán al oír las blasfemias del holandés contra el culto de la Virgen Santísima y adorable Madre de Dios.

—¡Para eso no necesitaba Vd. mirarme tanto!—Volvió á decir el capitán;—y si no fuera porque he dado ya mi palabra y está ya pagado el porte y firmada la lista de embarque, ahora mismo se quedaba en tierra su María...

Conque... basta. Han levado ya anclas, y es hora de marchar. ¡Qué Vd. lo pase bien caballero!

Se retiró, pues, el capitán. Mas el artista volvió á mirar otra vez con ojos amorosos la caja donde iba encerrado su tesoro, y abandonó el barco.

Una hora despues sonaron tres cañonazos, y los tres barcos belgas zarparon del puerto de Liorna para el de su destino.

¡A que decir que el piadoso ar-

tista no separó un momento los ojos de donde iba el objeto de su amor! Se acercaba la noche, y el lucero de la tarde se ocultaba con frecuencia entre la espesa niebla del mar.

—¡Estrella del mar! ¡Virgen siempre inmaculada! ¡Guiad ese barco y llevad la obra de mis manos con toda felicidad al puerto de su destino! —dijo entónces el jóven entre lágrimas y temores.

Desde el puerto se fué á la Catedral á orar delante del Santísimo Sacramento, entónces expuesto á la pública veneracion de los fieles, y á tomar parte en las letanías que se estaban cantando en honor de la Madre de Dios.

Largo tiempo permaneció de rodillas delante del Santísimo, pidiendo por el feliz viaje de su estatua y por la conversion del pobre marino que la llevaba. «No es digno, oh Virgen Santísima, de haceros este servicio; pero vos podeis hacerlo digno. Extended sobre él el manto de vuestra misericordia, derramando sobre su entendimiento, un rayo de luz para que de ese servicio involuntario, que ha de ser para vuestro culto y para vuestra honra, él saque amor de su salvacion y agradecimiento á vuestro corazon de Madre. ¡Oh bendita entre todas las mujeres, dignaos escuchar mi peticion!»

No se maraville nadie de que con tanto ahínco se interesase nuestro artista por su obra. Era ella una obra maestra de primer orden y de extraordinaria belleza.

Hijo de sencillos labradores católicos, heredó de ellos su sencillez y piedad. Como no podía la escasez de su fortuna proporcionarle estudios, no descansó hasta encontrar un oficio que pudiese librar á sus padres de la obligacion de alimentarle. Encontró satisfechos sus deseos aprendiendo la escultura, en la cual hizo tales progresos, que muy pronto abandonó su patria, y á pie y sin recursos llegó hasta Roma.

Con mil privaciones y necesidades se hizo artista, y con las obras que ejecutaba alcanzó renombre y fortuna. Esta le puso ya en condiciones de dedicarse á trabajar en una obra que desde niño traía constantemente en su pensamiento, y fué perpetuar, como lo hizo, en una inmensa mole de mármol de Carrara el misterio doloroso de la Virgen Santísima con el cuerpo muerto de su divino Hijo y Salvador nuestro, colocado sobre su regazo.

Obra era ésta que creía él deber ejecutar en testimonio de amor hacia tan bendita Madre, ya por haber rezado muchas veces de niño y de jóven delante de la Dolorosa, ya en prueba de gratitud hacia la antigua Catedral, tantas veces visitada por él, y hacia sus antiguos compañeros y conocidos.

Esta es la obra que había encomendado al capitan del barco hacia algunos meses para que se la llevase en el primer viaje que hiciese, mientras que él viajando por tierra, se adelantaría para preparar en Ambéres á tiempo cuanto fuese necesario para trasladarla y colocarla en la Catedral de Munster.

Pasó el tiempo y nuestro artista no supo nada del viaje de los tres barcos que salieron de Liorna. Continuamente se le veía en el puerto de Ambéres á preguntar si había noticias de ellas. Pero nadie, ni en el puerto, ni en la ciudad podían satisfacer sus deseos, que ya comenzaban á ser angustias por las sospechas, cuanto más largas tanto más fundadas, de un naufragio.

Convencidos ya todos de que había ocurrido alguna desgracia recibióse, por último, la noticia de que efectivamente habían naufragado y perecido dos de los tres barcos, y que del tercero no se sabía nada.

Con estas noticias no se pudo contener el escultor, y se fué inmediatamente á la iglesia más próxima, donde sumamente afligido comenzó á orar y á llorar y perseveró hasta que, fortalecido su ánimo con cierta confianza de un voto que hizo en obsequio de la Virgen del barco, salió con resolucion exclamando: «La Virgen María dirige al puerto al tercer barco, y éste es el que trae la estatua.»

No salió fallida su esperanza, porque á los pocos días se anunció la llegada del barco; él le vió y reconoció aun desde muy léjos, de modo que distinguía perfectamente la caja que sobresalía de la cubierta y contenía su deseada estatua.

Luego que el barco se presentó en el puerto, era de ver con qué amabilidad saludaba y reconocía el capitan á los que esperaban, y cuán agradecido se mostraba con quien le había librado de un naufragio. Aquel marino era ya otro hombre: luego que reconoció al artista, echóse sobre su cuello y, á pesar de los esfuerzos que hacía para hablar, no pudo articular palabra por las abundantes lágrimas que vertía. Al fin serenóse y dijo:

—«¡Caballero! ¡Jamás volveré á ofender á la Madre de Dios! ¡Ella es quien nos ha librado del naufragio que han sufrido los otros dos barcos compañeros del mío en este viaje! Durante la tempestad que nos sorprendió, ví á los otros dos barcos ser el juguete de las olas, y cual si fueran de papel ir de una parte á otra, subir, bajar, ocultarse, aparecer y, finalmente, quedar sepultados en las aguas. Pero á mí, cuando nos hallábamos en medio del peligro, se me ocurrió, evidentemente por inspiracion divina, llamar á la Virgen en mi auxilio, y dije:—¡Virgen Santa, ayúdanos! ¡Yo os prometo honraros siempre y abrazar la verdadera fé!—¡Y de repente el

barco se quedó en equilibrio como por la fuerza del inmenso bloque encerrado en vuestra caja, y rompiendo de nuevo la marcha, tranquilo y seguro ha llegado hasta aquí! ¡María nos ha librado á todos! . . . ¡Ella es la estrella del mar, y Vd. es el medio de que ella se ha servido para concedernos este extraordinario favor! ¡Ella os lo premie como yo os lo agradezco!»

La estatua se halla actualmente en la Catedral de Munster; el artista que la modeló y fabricó se llama Achtermann, y el que esto escribe ha estado no ha mucho delante de la Dolorosa, y ha tenido la satisfaccion de saludar y visitar en Roma hace algunos años, al maestro Achtermann.

María es la nave con que atravesamos el mar de nuestra vida, y merece por tanto, todo el afecto de nuestro corazon. Ella nos ayuda á permanecer siempre en equilibrio y á llegar al puerto de nuestra salvacion eterna. ¡Virgen Santísima, estrella del mar de nuestra vida, asistidnos con vuestra poderosa intercesion en la vida y sobre todo en la hora de nuestra muerte!

EL MOLINO DE LA HUERTA.

OTOÑO.

Hay en la huerta un camino,
que trás de rondar la huerta,
va á dar en la angosta puerta
de un solitario molino.

Corre la yedra en festones
con abandono hechicero
desde la planta al alero
por sus viejos paredones,
adornando los dinteles
de las ventanas ruinosas,
en donde miran curiosas
unas matas de claveles.

Brillan sobre el fondo obscuro
y alzan su gentil cabeza,
chopos de blanca corteza
que cimbrean junto al muro;
y el conjunto peregrino,
con notas de verde y plata,
sobre el cristal se retrata
de la balsa del molino.

Grato es á solas soñar
al borde del claro espejo,
que hace tan dulce el reflejo
de aquel tranquilo lugar,
donde hasta el alma se queda
suspensa, como el oído,
al monótono ruido
del volteo de la rueda.

De niño, de mozo, ayer,
mil veces seguí el camino
que va al rústico molino
que no me canso de ver,
y en todas las estaciones
me sojuzgó la belleza
que esparció naturaleza
sobre aquellos paredones.

Pero ayer tarde en verdad
que algo nuevo descubrí. . . .
aunque tal vez esté en mí
y no en él la novedad.

Detrás del sol poniente
surgieron los cendales
que llenan de misterio
las puestas otoñales:
los chopos se agitaron
con sensacion de frío
corriendo por sus hojas

nerviosa vibración:
y el agua de la balsa,
del mismo soplo herida,
su frío dió á la imágen
del viejo caseron.

Seguía zumbadora
la rueda del molino,
turbando sola el grave
silencio vespertino;
mas eran ayer tarde
tan tristes sus rumores,
y todo era tan triste,
tan fría la humedad,
que el alma, tiritando,
creyó sentir el soplo
de aquel invierno largo,
que da en la eternidad.

M. Morera g Galicia.

UNA LLAMADA A TIEMPO.

LUCHO, Lucho! Una carta con el sello de la Secretaría del Presidente. ¡Lucho!

—¡Allá voy, hija! ¡Allá voy! Abre la entre tanto, y léeme lo que dice.

—Dice: «Su Excelencia necesita hablar con usted hoy á las 2 p. m.»

—¿Será posible . . . ? ¡Vamos á ver! ¡Tráe, hija! ¡Tráe! «Señor D. Luis Lombardo.» ¡No cabe la menor duda! ¡Es para mí! ¡Sácame inmediatamente la ropa negra, el tarro, la navaja, los botines, el jabon, la levita, el betun, la corbata, la escobilla! ¡Todo, todo!

—¡Jesus! ¡Cuánto apuro!

—¿Qué, no sospechas, mujer, lo que esto significa? ¿No comprendes que una llamadita del Jefe del Estado, en días de crisis es cosa clara? ¡Al fin se acordó Dios de nosotros! ¡Ya saldremos de apuros! ¡Bien decía yo que este Presidente era un buen sujeto!

—¡No seas farsante, Lucho! Ayer, nada ménos, te oí decir que don . . .

—¡Cállala, mujer! ¡Cállala! Con razon dicen que ustedes todo lo descomponen!

—¡Pero si nadie oye!

—En estos casos, las paredes tienen orejas. Además, ayer me dolía una muela y no supe lo que dije. ¡Hoy es otra cosa! ¡Declaro que el Presidente es una persona muy estimable!

—Convenido. ¡Pero no te formes ilusiones, Luis!

—¡Qué ilusiones, Pancha! ¿Para qué puede necesitarme el Presidente, en los momentos actuales? ¿A mí, que jamás ha llamado para nada? ¡Está claro! ¡He tenido la fortuna de que se acuerde de mí, y nos la pusimos! ¡No le echas tanta saliva al betun, que esa humedad me perjudica! ¡Dáme, dáme el jabon!

—Lo tienes delante. ¿Qué, no ves?

—¡Vaya unas navajas condenadas! ¡Cuando ménos, la cocinera ha cortado con ellas el pan frío!

—¡No puede ser! ¡Nadie toca tus cosas!

—¡Imposible! ¡Ay, ay, ay!

—¿Qué te sucede?

—¡Me he pegado un corte atroz! ¡Dáme tafetan! ¡Ligero!

—¡No tengo cuatro manos!

—¡Pero suelta los botines! ¡Mira que me desangro!

—Si sabes, además, que no tenemos tafetan.

—¡Pues alcánzame un poco de ceniza! ¿Qué van á decir en Palacio cuando me noten este tajo?

—¡Qué han de decir! ¡Si allí tienen costumbre de ver á los hombres desollados!

—¿Qué dices?

—¡Desollados, moralmente!

—¡Basta de sátiras! Ten presente que mañana será tu marido miembro del Gobierno, y que . . .

—¡Qué inocente eres! ¡Sabe Dios para lo que será esta llamada!

—¡Caramba! Eres tan desconfiada, que aún viendome con la faja serías capaz de dudar.

—¿Pero vas á ponerte este calzon?

—¿Qué calzon? ¿Cuándo aprenderás á decir pan-ta-lo-nes?

—¡Sea lo que fuere, pero vas á ponerte esta tela de cebolla?

—¡Si no tiene nada, y se tapa con la levita!

—Pero acuérdate y fíjate al sentarte.

—¡Deja, deja! Pónme la corbata! No aprietes! . . . ¡Así! . . . ¡Así! . . .

—¿Supongo que el sueldo será adelantado y que te comprarás ropa?

—¡Naturalmente! Con cuatro letras al Tesoro estoy listo. ¡Qué coloron van á tener algunos! Figúrate cuando salga á las visitas en el coche de gala! Lo primerito que voy á hacer, es mandar imprimir unas tarjetas grandes, que digan: «El Ministro de tal ramo, etc., etc.»

—¿Tienes pañuelo? porque no hay ninguno limpio.

—¡No importa, me sonaré ántes de salir!

—¿Y cómo vas sin guantes?

—Voy casi sin medias, y quieres que lleve guantes! Deja esos lujos para el momento de jurar. ¡Mira! Pásame la escobilla por este codo Ahora mi sombrero. ¡Y hasta luego!

—¡Que Dios te saque con bien! ¡Voy á ponerle volando, una lámpara á la Virgen del Socorro!

—Excelentísimo señor . . .

—¡Hombre! Le he mandado llamar, para que me saque usted de un apuro.

—Ya sabe Vuestra Excelencia que como ciudanano y como todo, me tiene Vuestra Excelencia á su disposicion.

—¡Gracias! ¿Usted sospechará el objeto de mi llamada? Es para encomendar á usted la formacion . . .

—¡Sí, Excelentísimo señor. Así lo he comprendido!

—¡Bien! Busque usted lo mejor, y no omita medio ni pierda tiempo,

¿Ya sabe usted que son cinco ramos

—¡Sí, Excelentísimo señor!

—¡Perfectamente!

—Pero Vuestra Excelencia me autoriza para buscar cuatro compañeros.

—¡Hombre! no hay el menor inconveniente. Tiene usted para ello libertad completa. Principie usted en el acto sus labores, y por si fuere necesario, tenga usted este apuntito.

—¡Gracias, señor! ¡Gracias! Volveré tan pronto como sea posible. Beso á Vuestra Excelencia la mano.

—Vaya sin novedad.

—¡Tum! ¡tum! ¡tum! ¡Pancha! ¡Panchita! ¡Abre! ¡Abrazame!

—¿Pero todo está arreglado?

—Completamente, hija, completamente! Ah! Y qué hombre tan admirable el Presidente! Te digo que tiene un trato, una amabilidad, una honradez de miras! Qué llaneza! He salido prendado, prendado de él!

—Y qué te dijo? Tuviste cuidado al sentarte?

—Quéee! Todo fué sobre parado. Me dijo que me dejaba libertad completa para formar el Gabinete.

—¿Y ya te has fijado en quiénes?

—Eso quiero ver contigo. A tí qué te parece? Llamaré á Goyo?

—No me parece malo. Así podrá su mujer pagarme los cinco duros que le presté.

—Déjate de miserias! Pensar en cinco duros, cuando vamos á tener cuatrocientos todos los meses! Con Goyo para Guerra . . para Justicia . . A quién se te ocurre para Justicia? . . Qué falta de hombres! Pues no encuentro á nadie aparente para Justicia!

—¿Tiene que ser abogado?

—Puede ser médico ó clérigo.

—Pues si se permite que vaya un clérigo, yo llamaría á un padre de los descalzos.

—No digas sandeces. Pancha . .

¡Ajá! ¡Ya caí! Para Justicia, García.

—¡Pero García no es doctor!

—¡Cierto! Entónces, García para Relaciones . . . ¡Así está bien! . . . Yo, Gobierno; Goyo, Guerra; García, Relaciones . . . ¡Faltan Justicia y Hacienda!

—Sabes quién sería bueno para Hacienda? ¡D. José! Fíjate en que es el único cobrador que no nos insulta cuando le decimos que regrese.

—¿Pero cómo voy á hacer Ministro á un cobrador?

—¿Y por qué no? Siendo honrado y entendido en números, me parece aparentísimo.

—¡Qué honrado ni qué números! ¿Cuándo has oído tú decir que para ser Ministro de Hacienda, se necesita sumar? Lo que busco es gente de posicion social! ¡Ahí tienes! Si no estuviéramos de pleito con González, ¡era el hombre!

—¡No, por Dios! Quién aguantaría á su mujer? ¡Ni pensarlo!

—Pues no se me ocurre ningun otro.....

—¿Pero el Presidente no te ha recomendado á nadie?

— ¡A nadie!

—¿Ni siquiera te ha indicado ligeramente?

—No..... Pero me dió un apunte. ¡Qué tal memoria! Me había olvidado completamente. ¡Aquí está! Dice así:

—«Cinco ra...mos...vio...le...tas y jazmines...del...cabo y 25 varas...guir...nalda...!»

—¿Qué será esto? ¡Su Excelencia se ha equivocado!

—No... si dice clarito: «Apunte para Lombardo.»

—¡Pobre de tí! ¡Te ha equivocado con el jardinero Lombardo; y te encarga las flores para su matrimonio!

¡¡Horror!!

FEDERICO ELGUERA.

¡A LAS VIÑAS!

¡Corramos á las viñas, que ya entona la vendimia su cántico sonoro!
¡Baco desciende al mundo y se corona con racimos de oro!

Sepultemos angustias y dolores en el fondo del vaso cristalino,
¡Llegó el tiempo en que surgen los amores de la espuma del vino!

Como enjambre de abejas zumbadoras, ya suenan en las viñas y lagares las guitarras, las risas bulliciosas, requiebros y cantares.

Ya rueda el mosto, en ola perfumada, con las notas de fiesta y alegría de la flauta lasciva y regalada que Anacreon tañía.

Besemos, bajo el pámpano brillante y las uvas con luces de topacio, el pie de plata y túnica radiante de la musa de Horacio.

Y en la carreta clásica, la cuna que meciera á Melpómene y Talía, recitemos, al rayo de la luna, dramática poesía.

En deliciosa viña floreciente, plantada por mi padre bendecido, mi infancia—pajarillo refulgente—tuvo risueño nido.

Desde entónces, mis ojos de poeta ven en las viñas nobles corazones, labios de mieles, rostros sin caretas y dichas sin traiciones.

¡Corramos á las viñas, que ya entona la vendimia su cántico sonoro!
¡Baco desciende al mundo y se corona con racimos de oro!

EL MELOCOTON.

De regreso de la ciudad, un labrador trajo á sus hijos cinco melocotones. Extasiáronse mirando aquellas hermosas frutas, encarnadas y llenas de suave vello. El padre dió uno á cada uno de sus cuatro hijos, y guardó el quinto para la madre. Cuando los niños se iban á la cama, el padre les preguntó qué les habían parecido los melocotones.

—Sabrosísimos, querido padre, dijo el mayor: tienen un sabor dulce y ácido á la vez. Yo he guardado cuidadosamente el hueso, y quiero plantarle en la tierra para tener un árbol.

—Bien, dijo el padre, esto es pensar en el porvenir, cual prudente administrador, como conviene á un labriego,

—Yo he comido inmediatamente el mio, dijo el menor; era tan dulce que se deshacía en la boca, pero he arrojado el hueso.

—Esto no es prudente, dijo el padre: eres niño, y has obrado como niño. Bastantes ocasiones se te ofrecerán de emplear la prudencia.

El hijo segundo dijo entónces:

—Yo he recogido el hueso que mi hermano había arrojado; lo he partido y he comido su almendra que era tan dulce como la miel; pero he vendido mi melocoton y guardo el dinero para comprar una docena la primera vez que vaya á la ciudad.

—Esto es prudente, dijo el padre meneando la cabeza, demasiado prudente para un niño..... ¿Y tú, Juanito?

Juanito respondió ingenuamente:

—Yo he llevado mi melocoton á Jorge, hijo de nuestro vecino, que está enfermo: él no lo quería, pero yo lo he puesto sobre la cama y me he venido.

—Veámos ahora, dijo el padre, ¿quién ha hecho mejor uso de su melocoton?

Y los niños respondieron á una voz:

—¡Juanito! ¡Juanito!

Juanito calló, y su madre le besó con los ojos llenos de lágrimas.

LA INGRATITUD.

A relatarte, Fabio,
Voy una historia,
Que espero la conserves
En la memoria.
Historia triste,
Que á narrarla mi pluma
Casi resiste.

Huyendo los rigores
De invierno frío,
Errante golondrina
Por el vacío
Pérdida se anda,
Y con clamor doliente
Piedad demanda.

A la cuitada viendo
Yo en tal estrecho,
La tomo con cariño;
Junto á mi pecho
Le doy amparo,
Y luego un blando nido
Yo le preparo.

El temporal de invierno
Pasó deshecho;
Y el ave peregrina
Bajo mi techo,
En nido blando,
La estacion rigurosa
Pasó cantando.

Mas apenas apunta
La Primavera,
Tapizando de flores
A la pradera,
¡El nido deja!
Y sin darme ni un canto
¡De mí se aleja!

En vano yo le digo
Que vuelva, vuelva;
Ella sigue volando
Rumbo á la selva!
Y á mi reclamo
No responde la ingrata
Por más que llamo.

.....
¡A cuántas golondrinas
He conocido,

Que en este mismo techo
Tuvieron nido.

Mas..... se alejaron....
Y... ¡techo, nido, todo....
Todo olvidaron!

No imites á esas almas,
¡Oh Fabio mio!
En cuya fibra se halla
Tan sólo frío.
Siempre en tu marcha,
¡De gratitud y afecto
Perlas escarcha!

Federico Escobedo, S. J.

LA ORACION DEL HUERTO.

Qué pecho habrá más crudamente abierto
Que el tuyo? Qué otro llanto cual tu llanto?
Si sólo el verte nos conmueve tanto,
Cuál penará tu corazón desierto!

Desierto? No! que en la oracion del Huerto,
Por todos padeciendo el Justo, el Santo,
Unió nuestros dolores bajo un manto
Que de sudor de sangre está cubierto.

Mírale allí! No fueron, no, más duras
Que ese inmenso dolor, la bofetada,
La corona punzante, la picota.

Que es la tuya entre tantas amarguras?
Por la sangre de Dios santificada,
Del copioso sudor sólo una gota.

M. A. Caro.

FLOR NEGRA.

Yo tengo como el mar horas serenas,
En que pierde mi espíritu su brío
Y se aduerme en la carne como el río
Sobre su luengo tálamo de arenas:

Horas en que la sangre de mis venas
Blandamente circula, en que el Hastío
Como siniestro cárbano sombrío
Huye de la guarida de mis penas!

¡Ah... si entónces, acaso venturoso,
Un instante me ves y una sonrisa
Desarruga mi labio casi inerte,
Es porque aquellas horas de reposo,
Que pasan para mí siempre de prisa,
Tienen algo del sueño de la muerte!

Bogotá.

Julio Flores.

SONETO.

Cuanto al extremo más me voy llegando,
que el sér humano suele ir breve haciendo,
conozco más que el tiempo va corriendo,
y que falso esperar me va burlando.

Y digo á mis cuidados ya tratando:
mucho de amor no iremos, porque entiendo
que me voy como nieve deshaciendo,
lo cual alguna paz nos irá dando.

Ira tambien cayendo la esperanza
que devanear me ha hecho grandemente,
y la risa y temor, el llanto é ira:

Así podremos ver cuán fácilmente,
el hombre por lo incierto se abalanza,
y cómo en vano á ratos se sospira.

Petrarca.

AL ARTE.

A Enrique Redel.

¡Oh, cáliz rebosante en ricas mieles!
¡Oh, vino con fulgores de topacio,
que cantara y bebiera el gran Horacio!
¡Oh, misterioso bosque de laureles!
¡Oh, religion de innumerables fieles!
¡Oh, sol, que alumbras el oscuro espacio
de la vida! ¡Oh, espléndido palacio
que engalanaran mágicos cinceles!
¡Oh, torrente de plata armonioso!
¡Oh, ninfa de mirada embriagadora
en cuyo seno hallé dulce reposo!
¡Noble reina del mundo, triunfadora
brotaste de un espíritu lloroso,
como nace entre lágrimas la aurora!